

Manuel Maples Arce

MEMORIAS



Mi decisión de ir a Jalapa nació de mi encuentro casual con Alfonso Cravioto, con quien me unía una amistad tradicional, pues sus hermanos habían sido amigos de mi padre y Alfonso me había dado ya pruebas de particular estimación cuando se encontraba en el Senado. Le confié mis proyectos y me dio una carta de presentación para el general Heriberto Jara, quien acababa de tomar posesión del gobierno de Veracruz. La carta estaba escrita con tan elogiosos conceptos de mí y con tan encarecida súplica a su compañero constituyente para que me prestara ayuda, que no dudé verme favorecido por el mandatario veracruzano.

Me trasladé a Jalapa y la sola exhibición de esta carta a algunos de los magistrados del Tribunal Superior de Justicia me franqueó las puertas de la judicatura. Por fortuna, estaba vacante en aquellos días el cargo de juez primero de primera instancia del Distrito Judicial de Jalapa, y el Tribunal me designó para ocuparlo.

Los comienzos de mis funciones judiciales no fueron fáciles. Yo ignoraba todo lo concerniente a la práctica criminal y el secretario, un estudiante de la Facultad de Jurisprudencia recién nombrado, no podía prestarme gran ayuda, a pesar de su buena voluntad. Yo me roía interiormente, como en los días de exámenes, y esto enturbiaba un poco la alegría con que en las frescas mañanas jalapeñas salía de mi hotel, convencido de la importancia de mi autoridad o, al menos, de mi claro título: juez primero de primera instancia. Por la tarde me llevaba algunos expedientes, revisaba las resoluciones, ponía atención a las fórmulas iniciales y procuraba retener la fraseología judicial. Ocultando mi inexperiencia a mis subalternos y aplicándome en silencio al desempeño de mis funciones, superé las inevitables dificultades del aprendizaje y comencé a moverme con más libertad y aplomo. La primera sentencia que dicté, en una causa de robo y lesiones que ofrecía algunas dudas y de la que el Ministerio Público, en desacuerdo conmigo, había apelado, fue plenamente confirmada por el Tribunal Superior de Justicia. El defensor, conforme con el fallo, dijo que mi juicio había sido salomónico.

Complacido con mi flamante nombramiento, remití la carta de Cravioto al general Jara, acompañada de otra mía en la que le comunicaba mi designación de juez y la satisfacción de estar colaborando en la administración de justicia del Estado. Después le hice una visita. Así dio principio una amistad que no quebrantaría ni el tiempo ni los vaivenes de la política.

Mis relaciones crecían en el Gobierno. Aunque echaba de menos mi vida de México, trataba de acomodarme a las circunstancias. Los domingos iba de paseo a Coatepec, invitado por un amigo libanés. En el corredor de su casa, un grupo de tres o cuatro amigos nos sentábamos a beber, como aperitivo, el vino local. Almorzábamos con él los característicos platillos y dulces de su tierra, y luego me iba yo a la casa de una joven a quien cortejaba. El amor despejaba mi espíritu del morbo del tedio



provinciano, como una lámpara cuyo resplandor me envolviera suavemente.

En una ocasión nuestro regocijo se enturbió con un incidente que estaba yo muy lejos de presentir en aquel pueblo, que parecía todo delicia y placidez.

Una vez que fui de paseo a Coatepec, acompañado de Raimundo Mancisidor y un chico de veintidós años, inteligente y generoso, al que llamábamos cariñosamente Larita, nos llegamos hasta la casa de mi pretendida, que estaba con dos amigas. Las invitamos a tomar un refresco y dar una vuelta por el parque. Al regresar del paseo, por parejas, Larita se había adelantado un poco, cuando de pronto le salió al encuentro un enamorado celoso de la joven que iba a su lado, y sin mediar palabra, en forma artera, le disparó a quemarropa y todavía caído le hizo el último disparo.

Acudimos a las detonaciones, pero encontramos a nuestro amigo en el suelo, acribillado, mientras el asesino emprendía la fuga. Inmediatamente, auxiliados por algunos vecinos, levantamos al herido y lo transportamos a casa de la familia García Barna, que vivía a inmediaciones del lugar de los hechos. Larita sobrevivió aún algunas horas, que pasamos a su lado con el dolor de saber, por declaración del médico, que las heridas eran mortales. Fue una noche angustiosa y terrible. Todos estábamos consternados y no podíamos explicarnos la irracionalidad del homicidio. Yo me asomaba a ratos a la quietud de aquella noche, que sentía estremecida de horror. Estábamos como abandonados de toda confianza protectora. Me repugnaba la monstruosidad de este crimen absurdo, y obstinadamente pensaba en los padres de mi amigo y en su desesperación cuando supieran al día siguiente la tragedia.

Este acto funesto y otros muchos desafueros sangrientos que ocurrían en el Estado me indujeron a llamar la atención pública para conjurar el desencadenamiento de la violencia. El intemperante que se encuentra armado, fácilmente se deja arrebatar por la ira y es capaz de consumir el más alevoso asesinato. Por esta razón lancé un manifiesto, asociado a otros compañeros, para denunciar la bárbara costumbre de llevar pistola al cinto y reclamar la inmediata despistolización, con el fin de asegurar la justicia dentro de los caminos legales y prevenir así la amenaza de actos sangrientos. La dureza de la recriminación en que se expuso la cobardía del hombre empistolado no dejó de producir cierto resentimiento en quienes fundaban su insolencia en el uso de las armas puestas al servicio de sus pasiones y sus abusos. Estas declaraciones, encaminadas al respeto del derecho, hallaron, en cambio, eco en muchas conciencias, e inclusive en otros estados fueron recibidas con manifiesto beneplácito. Desgraciadamente me encontré con que el pistolero es un fenómeno social de muy hondas raíces, que no es fácil liquidar con un decreto. Por otra parte, la inseguridad que reinaba entonces en muchos lugares del Estado creaba una explorable desconfianza, pues el inerte se sentía psicológicamente

más inseguro, y procuraba garantizarse, a su vez, con sus propias armas, lo cual creaba un círculo vicioso que sólo el tiempo, la educación y virtudes neutralizantes más poderosas llegarán a romper algún día. Consecuente con mi convicción, cuando fui diputado me presenté siempre desarmado a todas las asambleas, contra la costumbre que imperaba entonces.

En los anales del pistolero fue célebre el caso de Salvador Díaz Mirón, que hirió, mató y recibió lesiones en diversos lances. En una ocasión pidió al gobierno de la Dictadura que le permitiera ir a combatir al guerrillero Santana Rodríguez, alias *Santanón*, de lo que Tablada hizo chacota:

Hay vates de pistolita
y vates de pistolón:
unos van a Santanita
y otros van a Santanón.

Siendo director de la Escuela Preparatoria de Veracruz le abrió la cabeza de un pistoletazo a uno de los alumnos. Para justificarse, dijo, con gesto soberbio, que le había faltado al respeto y que "el villano había caído a sus pies". El "villano" tenía catorce o quince años, y la falta de respeto no era sino una inconsecuencia pueril.

A pesar de estos excesos, un grupo de sus admiradores le preparaba un homenaje, que no se definía, pues constantemente surgían proposiciones a cual más disparatadas. Indignados, dirigimos al poeta Rafael López, presidente del Comité, el siguiente mensaje:

"En vista calentamiento cabeza ese Comité para encontrar digno homenaje a poeta Pérez Mirón, sugerimos consista en pistola con inscripción memorables hazañas."

La Sección Ferrocarrilera de Jalapa envió después otro telegrama de protesta, amenazando con hacer un paro si se insistía y el homenaje no tuvo lugar.

Muy diversas causas debían contribuir a consolidar mi amistad con el general Jara, cuya primera prueba se hizo sentir en mi ejercicio judicial. En una ocasión en que un militar de alta graduación, que blasonaba de íntima amistad con el Ejecutivo, pretendió que yo fallara en sentido favorable a sus intereses un asunto en que no le asistía razón; me negué terminantemente, y como algunos magistrados me hicieron sentir su parcialidad, manifesté mi decisión de renunciar antes que conculcar la Justicia, lo que llegó a oídos del general Jara, quien molesto porque se pretendiera involucrar un compadrazgo en un acto violatorio, me mandó decir con el coronel Fernández Pinto, jefe de su Estado Mayor, que no renunciara y que me atuviera estrictamente al dictado de mi conciencia y de la Ley. Quizá por esto el general Jara me tomó una gran confianza, seguro de mi rectitud. En las ausencias del abogado consultor del Gobierno, aunque sin abandonar mi cargo de juez, me llamaba para consultarme cuestiones de índole legal, y cuando el secre-



Edificio del Movimiento Estridentista

tario general de Gobierno, licenciado Gonzalo Vázquez Vela, renunció para ocupar el cargo de subsecretario de Gobernación en el gobierno del general Calles, el general Jara se fijó en mí para sustituirlo.

Una noche en que conversaba de sobremesa en casa de mi entrañable amigo el doctor José Maín, vino a buscarme uno de los ayudantes del gobernador. Una llamada a esa hora me hizo presentir que algo importante me aguardaba.

Pasaban ya de las diez cuando llegué a casa del gobernador. Su asistente me indicó con una seña un saloncito amueblado con un ajuar de ojo de perdiz, donde me senté. No tardó en aparecer "el viejo", como le decían sus ayudantes, aunque sólo contaba entonces cuarenta y cinco años. Tenía la cabellera ligeramente gris, alborotada. Se disponía ya a acostarse y vestía una bata de lana café. Se me figuró que estaba algo malhumorado. La verdad es que no era para menos, por todas las intrigas que se urdían en torno a su gobierno y lo obligaban a una lucha constante. El general Jara me explicó las circunstancias en que se encontraba el Gobierno, la necesidad que tenía de salir del Estado para tratar importantes asuntos con el Gobierno Federal y el deseo de que fuera a ayudarlo como secretario general de Gobierno. Examinamos el panorama político, y me habló concretamente de ciertos asuntos.

Sentí la emoción que produce todo golpe de suerte. Me despedí con expresiones de reconocimiento y regresé a pie por la calle de Juárez hasta mi casa. Quise entregarme al sueño, pero me costó trabajo cerrar los ojos, exaltado por las prefiguraciones de mi nuevo valimiento.

Al día siguiente me presenté a su despacho, en Palacio, a recabar el acuerdo para asumir el cargo con los más entusiastas propósitos.

Tal como él me lo había prevenido, a los pocos días salí para la ciudad de México, dejándome como gobernador interino.

Tuve la alegría de llamar a mi padre, que acompañado de una de mis hermanas vino a pasar unos días conmigo, doblemente gozoso de verme en una situación preeminente y de estar a mi lado. En unión suya pasé ratos muy agradables. Después de mis tareas salíamos a pasear y juntos hacíamos proyectos para el futuro; entre estos figuraba, en primer término, el de que con toda la familia viniera a residir a Jalapa. Con esta promesa nos despedimos, sin adivinar las pruebas que nos reservaba el destino.

Con la imaginación me representaba los días felices que pasaría en Jalapa con mi familia. Alquilé una casa en la calle de Carrillo Puerto y la mandé pintar y arreglar convenientemente para recibir a los míos. Quería agasajarlos en forma que les hiciera olvidar las penalidades que habían padecido en los últimos años.

La casa era muy característica del estilo de Jalapa; entresolada, con vestíbulo y una serie de habitaciones espaciosas dis-

puestas en torno de un patio con una fuente en el centro. Los sombreados corredores estaban adornados y alegrados con flores, que yo sabía encantarían a mi madre.

¡Con qué placer intervine en los detalles de este arreglo y qué ingenua alegría me embargaba en los preparativos de la inminente llegada! Todo estaba dispuesto para empezar una nueva vida, y fui con mi amigo Maín a esperar la llegada del tren de México. La familia estaba allí por fin. Después de los abrazos y saludos emocionados, nos encaminamos a casa de mi amigo para descansar y esperar la llegada del día. Mi padre, que se sentía fatigado del viaje, se fue a reposar, y nosotros, después de conversar un rato, decidimos ir a dormir un momento. Desperté cuando estaba alto el sol y salí, después del desayuno, a inspeccionar ciertos trabajos por el rumbo del estadio. La mañana era una verdadera delicia: el paseo de los Berros exhalaba una grata frescura y las lomas que circundan aquel paraje ofrecían un aspecto joyante. Contemplaba la Naturaleza y el respirar a pulmón lleno me daba una sensación de intensa felicidad, cuando vino a mi encuentro Raúl Morales, amigo íntimo de mi familia, a decirme que me llamaban de casa. Comprendí que se trataba evidentemente de algo grave, porque en el trayecto me dijo que mi padre había sufrido un ataque, y por la preocupación que mostraba su rostro tuve la impresión de algo más desafortunado. Al bajar del automóvil y atravesar el umbral me asaltó el temor de que mi padre hubiese muerto. No me cupo entonces ya duda de mi infortunio y entré precipitadamente a la recámara, donde, efectivamente, mi padre dormía ya para siempre. Nadie se había dado cuenta de su muerte: una embolia o un ataque al corazón lo había fulminado durante el sueño. Tenía el rostro apacible, como si no hubiera experimentado ningún dolor. Mi madre se empeñaba en creer que su quietud y rigidez eran efecto de un ataque cataleptico, y con un arraigado sentimiento de apego al esposo con quien había compartido su vida durante largos años de felicidad se negaba a admitir la terrible realidad. Yo sentí que todo se trastornaba y que desde ese instante el mundo había cambiado para mí. Era una inconcebible lección de dolor. Después de besarle en la frente hundí la cabeza en la almohada y me puse a sollozar inconsolable. Estaba yo tan angustiado y con tan desolado espíritu, que mi amigo Maín tomó la iniciativa de ordenar los funerales, llamar a mi hermana María, que vino de Veracruz, y disponer el sepelio, el cual se efectuó al día siguiente en el viejo panteón.

Haciendo un esfuerzo de voluntad presidí el funeral, y después de que los restos de mi padre fueron cubiertos por la tierra, me volví con el alma transida a encerrarme en mi casa.

Pero al día siguiente, sobreponiéndome a mi dolencia, tuve que reanudar el despacho de los asuntos públicos, pues no era posible sustraerme a los deberes del cargo. Entendí que esto formaba parte de mi sacrificio, y me formulé la idea de que mi padre había hecho ese viaje como si simbólicamente hubiera



Maples Arce, retrato por Leopoldo Méndez



venido a poner bajo mi responsabilidad a mi madre y a mis hermanas.

Por momentos desfallecía, al sentir el luto de mi casa, el estado inconsolable de mi madre y la tristeza de mis hermanas. Silencios prolongados dominaban la hora de las comidas. De vez en cuando alguna de las chicas se levantaba de la mesa para desahogar su pena. Cuando llegaba yo de mi oficina entraba al cuarto de mi madre para besarla y refugiarme luego en la gran sala-biblioteca, donde me llegaba el rumor extraño del rosario que rezaban un grupo de amigas reunidas en su habitación.

Mi madre estaba desgarrada por el dolor, no podía concebir la vida sin el admirable esposo que había sido mi padre. Años más tarde me confió que no se sentía entonces con fuerzas para vivir, pero que una noche tuvo la sensación más que real de que mi padre le decía: "No estás sola; estoy aquí, cerca de ti, y nunca te dejaré." Esto le dio ánimo, y toda su vida conservó el sentimiento de su presencia, que la reconfortó.

Contemplando el pasado de mi vida, sentí todo el contraste que me separaba de las jornadas de mi niñez, y que un sufrimiento nuevo había penetrado en lo más íntimo de mi alma. En las horas de soledad en que me recluía en mi biblioteca o en mis solitarios paseos por el parque de los Berros pensaba constantemente en mi padre, y a las imágenes que me despertaba ésta o aquélla circunstancia se mezclaba poderosamente la angustia de saber que ya no lo tendría a mi lado y que nunca jamás volveríamos a vernos. El deseo de consuelo y la esperanza de una comunicación extraterrena me ilusionaba por instantes, mas el sentido dramático de la muerte volvía a imponerse sobre mí, dejándome hundido en una extraña angustia y en un doloroso abandono. Las ideas de la muerte, que tan ligeramente rozan nuestra mente cuando estamos lejos de su realidad, me herían profundamente en las condiciones en que me encontraba y, de una manera obsesiva, oprimían mi ánimo. Yo elaboraba mil teorías y conjeturas para resolver esta cuestión que acudía insistentemente a mi espíritu. Pero mi experiencia se traducía, irremisiblemente, en pesadumbre pues no advertía yo ninguna seguridad de un encuentro en el infinito del más allá.

Empero, la lectura del *Fausto*, poderosamente emocional y sugestiva, y de los *Diálogos*, de Platón, sobre el alma, generaban en mí corrientes de esperanza que yo mismo trataba de aprovechar para mi consuelo. El arte, desde mi infancia, ha sido para mí un refugio que ha renovado mis energías vitales; a él acudía yo, y por un instinto oscuro, pero inquebrantable, buscaba los caminos de la creación luminosa, lo que al fin lograba calmarme.

En tal estado de espíritu me movía y sentía la presencia de una armonía intangible que me comunicaba una fuerza interior, y así iba superando la crisis de dolor que me agobiaba, participando con más ánimo en la comunicación humana y en

las instancias del inmediato vivir.

En 1927 publiqué, bajo la advocación de Goethe, *Poemas interdictos*. La vida moderna, los viajes, la ausencia, la ansiedad, el amor, son los temas preferentes. La modernidad se expresaba más que en el tema en la confrontación de éste con el yo, en un justo equilibrio entre la técnica y la emoción poética. Realidad sentida a través de sensaciones líricas y de una evocación múltiple. El poema inicial, "Canción desde un aeroplano...", es al mismo tiempo una declaración de principios y una síntesis de mi ambición poética.

Estoy a la intemperie
de todas las estéticas;
operador siniestro
de los grandes sistemas,
tengo las manos
llenas
de azules continentes.

El poema termina:

Soledad apretada contra el pecho infinito.
De este lado del tiempo,
sostengo el pulso de mi canto;
tu recuerdo se agranda como un remordimiento,
y el paisaje entreabierto se me cae de las manos.

En otros poemas procuré dar al lenguaje un potencial emotivo capaz de suscitar una impresión intensa y vivaz. Juventud, deporte, delicia amorosa, nostalgia, ironía, bañan la atmósfera de esos poemas que proyectaba mi sensibilidad. Imágenes y transposiciones constituían la clave del enigma poético:

Llegaron nuestros pasos hasta la borda de la tarde;
el Atlántico canta debajo de los muelles,
y presiento un reflejo de mujeres
que sonrían al comercio
de los países nuevos.

El humo de los barcos
desmadeja el paisaje,
brumosa travesía
floreceda de pipas,
¡oh rubia transeúnte de las zonas marítimas!
de pronto eres la imagen
movible del acuario.

Hay un tráfico ardiente de avenidas
frente al hotel abanicado de palmeras.



Te asomas por la celosía
de las canciones
al puerto palpitante de motores
y los colores de la lejanía
me miran en tus tiernos ojos.

Entre las enredaderas venenosas
que enmarañan el sueño
recojo sus señales amorosas;
la dicha nos espera
en el alegre verano de sus besos;
la arrodilla el océano de caricias,
y el piano
es una hamaca en la alameda.

Se reúne la luna allá en los mástiles,
y un viento de ceniza
me arrebató su nombre;
la navegación agitada de pañuelos
y los adioses surcan nuestros pechos,
y en la débil memoria de todos estos goces
sólo los pétalos de su estremecimiento
perfuman las orillas de la noche.

La Revolución mexicana me apasionó, sentí su honda significación y traté de imprimirle un sentido estético, sacrificando todo sufragio político a la autenticidad poética:

El viento es el apóstol de esta hora interdicta.
¡Oh épocas marchitas
que sacudieron sus últimos otoños!
Barrunta su recuerdo los horizontes próximos
desahuciados de pájaros,
y las corolas deshojan su teclado.

Después de la matanza
otra vez el viento
espanta
la hojarasca de los sueños.

Sacudo el alba de mis versos
sobre los corazones enemigos,
y el tacto helado de los siglos
me acaricia en la frente,
mientras que la angustia del silencio
corre por las entrañas de los nombres queridos.

Para los trabajos editoriales llamé a Jalapa a algunos amigos que estaba seguro responderían entusiásticamente a mis proyectos. A Germán List Arzubide le confié la dirección de la revista *Horizonte*, que además de su moderno sentido literario

tuvo una clara proyección social, y cuya presentación tipográfica estuvo a cargo de Ramón Alva de la Canal y Leopoldo Méndez, quienes la ilustraban con dibujos y grabados. La colección de *Horizonte* publicó, además de *Poemas interdictos*, *El Movimiento estridentista*, de Germán List Arzubide, y *Un crimen provisional*, de Arqueles Vela. Otra de las actividades editoriales fue la de la Biblioteca Popular, donde aparecieron los ensayos de Rafael Nijeto sobre el petróleo, y la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela, en sencillas pero pulcras ediciones; se inició la Biblioteca del Estudiante y se imprimieron numerosos folletos sobre palpitantes cuestiones de la vida nacional.

Llevé como director de la Escuela Preparatoria al poeta y educador Eduardo Colín, experto en disciplinas universitarias, que aportó su experiencia para la renovación de los programas de estudios y métodos escolares.

Conseguí también que músicos entendidos compilaran los sones dispersos por las regiones de Medellín y Cotaxtla, muestras de gran pureza del folklore veracruzano.

Para lograr esta labor fue necesario adquirir y montar con toda diligencia una imprenta dotada de las más modernas máquinas e implementos. Yo tomaba parte muy activa en estas obras y me encontraba constantemente atareado, alternando mis labores administrativas con mis aficiones literarias, y mi contribución pedagógica, con una cátedra en la Escuela de Leyes del Estado.

Más de una vez pasó por mi imaginación la idea del anclaje en el matrimonio. Poníame a considerar la dicha que podría encontrar cerca de una mujer comprensiva y afectuosa y pasaba revista a las muchachas que estaban dentro del ámbito de mi juventud. Jalapa ha sido siempre ciudad de hermosas mujeres y era fácil discernir la gracia femenina y la fineza gentil. Conocía personalmente a muchas de estas encantadoras jóvenes, conversaba con ellas en los bailes, las saludaba casi a diario y las encontraba en reuniones y visitas. Consideraba largamente sus encantos, y mi imaginación se expandía en los más singulares sentimientos. La una tenía una gracia de porte, la otra una ternura en el mirar; aquélla, una cadencia en el paso, y alguna más, un trato de suprema elegancia. Pero el matrimonio se me presentaba de pronto como una grave resolución que comprometía mis más arraigadas aspiraciones, mi vida intelectual, mi libertad de decisión; dejaba pasar el tiempo y me encerraba en el transporte de mi obra literaria. Sin embargo, alguna de las que más cerca estaban me parecía ofrecer la mejor promesa para esta vida deseada, y yo la sentía palpar con una íntima esperanza. Pero el gran caminador de rumbos que en mí bullía me apartaba de estas tentaciones, que yo rebajaba con el mote de burguesas, anhelante de la libertad absoluta y la conquista de las formas superiores del arte.

Recogiendo aquellos instantes de mi lejana juventud, que tuve el privilegio de convivir con la belleza y la ternura humanas, siento el dolor del tiempo desaparecido, que aquellas ado-



Maples Arce, grabado de Cataño

rables sombras tornan nostálgico, y en esta página, como en una balada provenzal, les envío la ofrenda de un recuerdo reverente.

Fuera de las tareas oficiales, especialmente los sábados al mediodía, nos reuníamos a comer en un cenador del Casino Español, que ofrecía una vista agradable, con sus árboles y plantas, cercado de un silencio y una paz propicios a la conversación.

Alrededor de la mesa alternábamos las discusiones serias sobre las actividades culturales del Gobierno con los propósitos festivos que animaban la reunión. Y de este modo transcurría una parte de la tarde, que después rematábamos en mi biblioteca, donde leíamos y comentábamos algún libro nuevo.

A estas tertulias vino a agregarse el doctor Ignacio Millán, que desde Veracruz, donde era jefe de la Oficina de Sanidad del Puerto, advirtió la viva actividad que desplegábamos en Jalapa. El diálogo inteligente con Millán, siempre atento a todas las corrientes del pensamiento, nos trajo su curiosidad y sus afanes especulativos. Venía siempre con alguna edición novísima o una información bibliográfica. En este punto, Eduardo Colín, lector infatigable, adelantaba sus críticas en el modo que le era peculiar; en los momentos eufóricos en que comentaba algún libro con expresiones felices y coloridas, más que en su prosa artificiosa, se revelaba la fineza del artista de charla aguda y espiritual.

Mi amistad con Millán era rica de interés y de experiencia humana. En una ocasión me trató una cuestión que consideré de gran responsabilidad y que exigía inmediata solución. Para combatir el abigeato, las autoridades federales habían tomado disposiciones severas e inhumanas, pues cuando se aprehendía a uno de esos hombres *in fraganti* se le fusilaba en el sitio, lo cual, además de constituir una violación constitucional, porque privaba al inculpaado de juicio y posibilidad de defensa, se prestaba a abusos inicuos y venganzas. De este modo, en vez de hacer eficiente la Justicia, se la vulneraba en sus bases y se favorecía el autocratismo de los jefes militares. Aunque era domingo, busqué al general Jara para que se dirigiera al jefe de Operaciones Militares, que a la sazón era el general Arnulfo R. Gómez, pidiéndole que suprimieran esas ejecuciones y que los inculpaados fueran sometidos a juicio. Millán desempeñó con éxito esta comisión, y el resultado fue la adopción del camino legal. Según me refirió el propio Millán, el general Gómez tenía en su despacho un retrato del general Porfirio Díaz, y entre sus sueños presidenciales miraba a la figura del caudillo oaxaqueño como ideal al que había de seguir y emular.

La acción del general Jara en el Gobierno de Veracruz se había iniciado en forma verdaderamente pujante. Se empeñó en mejorar la capital del Estado, dotarla de buenos servicios públicos y pavimentación; hizo construir calzadas de circunvalación para facilitar el tránsito. Levantó el magnífico estadio aprovechando la bella disposición natural del terreno en las co-



linas que circundan la ciudad por el monte de Pacho, desde donde se contempla el panorama de Jalapa. Este estadio, de audaz arquitectura —el más hermoso de la República—, lo construyó Jara con el sueño de que fuera el centro de reunión de la juvenil y que en sus aledaños, se levantara la Ciudad Universitaria, destinada a su formación intelectual, estética y humana.

Todos los impulsos del general Jara eran los de un hombre que, habiendo servido lealmente a la Revolución, sentía la necesidad de promover esta realización de orden superior. Yo tuve la suerte de asociarme a este esfuerzo generoso de exaltación de los valores morales introducidos por el movimiento social. Paralelamente a estas obras se iniciaron otras de trascendencia pública en torno a la salud y al bienestar del pueblo atacando problemas que exigían una atención preferente. En el ramo de carreteras se mejoraron las existentes y se abrieron otras nuevas, se erigieron numerosos edificios escolares y se favoreció el desenvolvimiento de las organizaciones obreras y campesinas.

Yo comprendí toda la pasión, todo el amor que este hombre extraordinario puso en su obra de gobernante, y con idéntico entusiasmo me ocupé de la obra cultural, que no obstante las limitaciones del ambiente trascendió más allá de los confines del Estado y aun de la República.

En las mañanas, después de jugar al tenis o montar a caballo, llegaba yo a Palacio y comenzaba a despachar con los jefes de departamento, reservando la correspondencia que debería someter a la consideración del gobernador. A pesar de su aire adusto, el general Jara tenía destellos de humorismo. Una vez que iba a firmar un oficio dirigido al obispo de Veracruz en respuesta a otro de este prelado, que firmaba con su nombre y una cruzcita, se me quedó mirando muy serio: “¿No le parece a usted —me dijo— que yo también debería firmarme únicamente Heriberto y poner un machete como rúbrica?”

Su secretario particular, Tinajero, era un espíritu retozón que le seguía el buen humor. A veces le anunciaba las visitas con charadas o con señas que las individualizaban claramente.

Al mediodía, cuando terminaba yo con mis acuerdos, llegaban a verme algunos diputados con quienes tenía buenas relaciones; el general Miguel Alemán y José Mancisidor, líderes de uno de los bloques de la Cámara, y del otro, Pavón Flores y Araiza. Salíamos al balcón a conversar de política o a reír de alguna broma. Esto me servía de reposo antes de sentarme a firmar los alteros de correspondencia de la secretaría. Desde el balcón abrazaba un aspecto de la ciudad; veía a los transeúntes que pasaban y repasaban de la calle de Enríquez hacia el parque y viceversa, los grupos de jugadores de naipes y dominó en el portal del hotel México, la entrada y salida de muchachas de la catedral. Una grata sensación de salud y de fuerza me hacía respirar la brisa fresca del Cofre de Perote, cuyo panorama se avistaba hacia la izquierda en la transparencia de la mañana bañada de sol.

Un día que me encontraba rodeado de algunos de estos amigos recibí la visita de John Dos Passos, que atraído por el movimiento vanguardista se había llegado hasta Jalapa con la recomendación de no sé quién. Era hombre de unos treinta y tantos años, fuerte, ligeramente cargado de hombros, con lentos de extraordinario grosor. Le hice visitar la ciudad y los alrededores, y después de la comida leyó mi poema *Urbe*, que le gustó y tradujo al inglés. Dos Passos fue la primera persona en sugerirme que escribiera mis memorias, cosa en la que estaba muy lejos de pensar entonces, pues me parecía, y así lo dije, que debía acumular más recuerdos y experiencias y cierto desprendimiento del tiempo, para asegurarme de su interés.

El general Jara siguió en sus tareas cívicas de gobernante, acometiendo y multiplicando con igual ardimiento diversas obras de mejoramiento social y material para la comunidad. Para llevar a cabo éstas, contaba con los recursos del Estado y con los adeudos de la Federación, que por los diversos conceptos (regalías petroleras, estancias de presos federales, etc.) importaban sumas de consideración. Pero el Gobierno Federal, en vez de cumplir con dichos compromisos, retuvo sistemáticamente los pagos, de manera que resultó imposible sostener los gastos presupuestales, afectando también a los sueldos de los maestros y empleados públicos. No sé si esta política fue movida por el recelo del irradiante prestigio de la obra jarista o resultado de inquina de funcionarios que, con soberana impunidad, conspiraban contra los intereses de Veracruz. Con idénticos propósitos, la Secretaría de Industria detuvo todas las gestiones encaminadas a recuperar adeudos de las compañías petroleras, estorbó con fuerza federal los embargos promovidos por el gobierno de los pozos petroleros, perforados arbitrariamente por las compañías extranjeras en terrenos que no eran de ellas, sino de legítima propiedad del Estado. Solamente lo que esas compañías había extraído, en forma deshonesto e ilegal, se calculó entonces en treinta millones.

En esta obra de rescate de los intereses del Estado, los licenciados Eugenio Méndez y Francisco Escudero, representantes del Gobierno, hicieron una inteligente y patriótica labor. Esta fue la primera acción legal y enérgica que se emprendió en contra de esas empresas usurpadoras que tanto mal y por años hicieron al país.

Por funestos conjuros de las compañías petroleras fue asesinado el íntegro juez del Distrito Judicial de Pánuco, licenciado Francisco Méndez, a cuya ejemplaridad debe rendirse tributo.

Supongo que otra causa de malquerencia en contra del general Jara era el apoyo que daba a los enemigos de Obregón y Calles. Pero a él esto nada le importaba. El general Francisco J. Múgica, gobernador de Michoacán, y el profesor Aurelio Manrique, gobernador de San Luis Potosí, a su caída se refugiaron en Veracruz y recibieron su protección. A ambos veía yo con frecuencia, y solíamos pasear por el parque, en las noches. Múgica era apasionado y arbitrario, aunque de tendencia



progresista. En cuanto a Manrique, más reflexivo y sereno, nunca le oí una palabra violenta en contra del general Calles.

El daño causado por el erario veracruzano se fue agravando, y de día en día las obstrucciones de la Federación y su mala disposición en contra del gobierno local se hicieron más apasionadas y tenaces. Esto provocó disensiones entre los poderes y divisiones en el seno de la Cámara local, en daño de su función pública. La Legislatura se dividió en dos grupos; uno, que nombró gobernador al secretario particular del jefe de operaciones, y otro, que se mantuvo fiel al Gobierno constitucional del general Jara.

Las cosas habían llegado a un punto de violencia tal, que parecía que de un momento a otro iba a producirse un choque armado. Ambos bandos ocupábamos el mismo Palacio del Gobierno, pero nosotros en situación desventajosa, confinados a tres o cuatro salones de la planta baja, con entrada por la espalda del edificio, mientras los otros, sostenidos por el jefe de las Operaciones Militares, general Jesús Aguirre, había invadido la planta superior, desde donde avizoraban nuestros movimientos.

Todo esto ocurría a mediados de 1927, precisamente cuando la disputa por la presidencia de la República se hacía más enconada y la rebelión del general Arnulfo Gómez desbordaba hacia Veracruz, de modo que el menor pretexto hubiera bastado para inculparnos de sedición y castigarnos sangrientamente.

Con arto designio, nuestros enemigos buscaron afanosamente la forma de identificarnos con los grupos levantados en armas, pero la serenidad y el tino del general Jara, presentándose rápidamente en la capital, nos salvó de esta asechanza.

Me refirió después el general Jara que de la estación de ferrocarril se había ido a Chapultepec (entonces residencia presidencial), y que en la terraza del castillo había presenciado la dramática escena en que la esposa del general Serrano había intentado salvar la vida de éste, sin que sus lágrimas lograran ablandar al general Calles.

Entre los incidentes a que dio lugar aquella lucha de facciones debo contar cómo fui agredido y estuve a punto de verme envuelto en un trance peligroso. Amparado en mi limpia conducta, salí a la calle sin imaginar que se preparaba una violencia en mi contra. En el momento en que doblaba la esquina próxima a mi casa, me salieron al paso tres esbirros armados, con la intención de aprehenderme, y si me resistía, asesinar-me. Pero dio la feliz circunstancia de que un amigo mío, hombre de temple, el diputado federal Eduardo Garrido, llegó en ese instante, y considerando rápidamente la situación, desenfundó la pistola y conminó a los asaltantes a retirarse; me subió a su automóvil y desaparecimos ante la vista de los perplejos polizontes. Nos dirigimos a su casa; allí permanecí algunas horas, y en la noche me trasladé a la casa del ingeniero Domínguez, donde previamente un amigo de toda mi confianza había concertado mi refugio.

Por conducto del ingeniero Domínguez estaba yo enterado de lo que ocurría en la ciudad. A veces, las noticias eran extraordinariamente dramáticas, como cuando me refirió la aprehensión de los generales Arnulfo Gómez y Adalberto Palacios, que se habían hecho fuertes en la serranía cercana a Perote.

El juicio en su contra tuvo un carácter sumario: los condenaron a muerte, y sin más diligencias los condujeron al panteón de Jalapa, seguidos por una multitud ávida de presenciar el espectáculo de fusilamiento, a la que el general Palacios increpó, pidiéndoles que se retiraran, "porque la muerte de un hombre no era una diversión"... El general Gómez se hallaba muy decaído, mientras Palacios se mantuvo sereno y murió con gran entereza.

En mi encierro sentí profundamente este drama en que dos hombres que no me eran extraños, especialmente Palacios, caían acribillados por un poder implacable. Una vez más la imagen sangrienta que había herido mis ideales juveniles en los días del delahuertismo se proyectaba ante mi vida. Veía nuevamente los días trágicos de las asonadas y de las represiones furiosas, en los que se destacaban hechos de bravura que merecían una justificación más legítima.

Y esta reclusión forzada resultó para mí de provecho literario, porque entre los libros que había en la vasta recámara que me asignaron en el fondo de la casa, figuraba un ejemplar de *El Quijote*, que yo me di a leer, olvidándome de las intrigas, los odios y las perversas intenciones que se agitaban allá fuera. Mi imaginación encontró en aquella hermosa lectura un agradable solaz, y en vez de sentirme oprimido por mi confinamiento, el tiempo pasó rápido, como si se tratara de encantadas horas de libertad. Mientras tanto, el Congreso de la Unión, obedeciendo a interesadas insinuaciones de los enemigos del general Jara, decretó arbitrariamente desaparecidos los poderes constitucionales del Estado. Pero a pesar de los diputados, que pretendían repartirse el botín, asumió el gobierno provisional el senador independiente profesor Abel S. Rodríguez.

Aunque el nuevo gobernador me invitó a quedarme, no me pareció propicio el aire que se respiraba en Jalapa luego de la ruina de nuestros esfuerzos, a la que habían contribuido, con sus torpezas, hasta nuestros propios amigos, y preferí regresar a México.